

po en uso la necrópolis cristiana, donde los enterramientos serán ahora muy modestos, incluyendo entre sus piedras restos de los elementos desmantelados de aquellos. Sobre las preciadas reliquias de san Vicente se extiende un velo de incertidumbre pues proliferarán numerosas versiones, muy probablemente espurias, que tratan de la traslación de sus restos a distintas ciudades. «Sembla méreixer més crèdit un document que diu que la catedral de Bari, en la Pulla (Sud d'Italia), posseïa un braç de Sant Vicent donat per un bisbe valencià mossàrab, pelegrí a Terra Santa en el 1104» (SANCHIS, 1976, 30).

Pronto los musulmanes construirán su mezquita sobre catedral de san Vicente. La capilla funeraria episcopal, separada del resto, será transformada en un *hamman* vinculado al alcázar, para lo que su mobiliario litúrgico será arrasado y se derribará parte de la cabecera para establecer allí el horno. Estos baños estarán en funcionamiento hasta su amortización a fines del siglo x. Restos fragmentarios de los cancelos de la catedral y de un altar secundario de mármoles, compuesto por un pie en forma de columna y una mensa o tabla moldurada y rehundida, aparecieron formando parte del relleno de un pozo islámico o de la cobertura de algunas modestas tumbas cristianas de fines del siglo viii en las excavaciones arqueológicas de la Almoina y testimonian el desmantelamiento del centro cristiano de la ciudad y la total islamización de la zona a mediados del siglo ix. A pesar de lo cual, cuando varios siglos después la ciudad fue conquistada por Jaime I, conservaban los cristianos mozárabes la memoria vicentina, pues denominaron *cases de sant Vicent* a los restos aún visibles del ala norte de la arruinada capilla funeraria episcopal donde el rey mando erigir un oratorio que ha llegado a nuestros días.

ARTE DURANTE LA EDAD MEDIA

La huella borrosa del islam

[DANIEL BENITO GOERLICH –UVEG–]

Realmente son muy pocos los objetos físicos adjudicables a la época islámica de la ciudad de Valencia que han logrado llegar hasta nosotros; quizá nos tendríamos que contentar con los fragmentos de cerámicas, cimentaciones y restos de muros de fábricas que van siendo exhumados por los arqueólogos. Y sin embargo *Balansiya* llegó a ser una población floreciente y de real importancia. La conquista musulmana del territorio valenciano estaba completada ya en el año 714, aunque la islamización de sus gentes fuera un proceso gradual, bien que continuo y constante.

Cuando Abderramán I el Omeya se iba apoderando de al-Andalus en su provecho, los califas abasidas intentaron evitarlo enviando una escuadra comandada por al-Firi. *Balansiya* fue una de las poblaciones que se sumaron entonces al plan de los invasores y en el curso de la guerra civil que se desencadenó a continuación entre 778 y 779, según informaciones del erudito al-Udrí, la ciudad fue arrasada por el emir. Pero a continuación Abderramán reorganizó la administración de al-Andalus y convirtió a *Balansiya* en la capital de la zona oriental de su emirato. Quizá fuese a partir de ese mo-



Son precisamente los restos de las murallas taifales, junto con algunas habitaciones desenterradas en los últimos años, los únicos restos materiales arquitectónicos de *Balansiya* de los que hoy disponemos. Las principales partes que se pueden visitar actualmente son: la bien conservada torre semicircular de la Plaza del Ángel; los restos de las calles Salinas y Mare Vella, junto al portal de Valldigna; los aparecidos en el interior del solar del palacio de Almansa, 31 metros de lienzo de muro y dos torres; los conservados en el interior de un inmueble de la calle Caballeros, una torre de planta semicircular de gruesa mampostería y un tramo de muro quizá correspondientes a Bab al-Hanax; los más interesantes del subterráneo emplazado en la maltratada plaza del Tossal, en donde puede verse además una parte del foso y los del registro arqueológico visible de la antigua sede de la Universitat de València, que incluyen la base de una de las torres cuadradas de tapial de mortero.

Restos de las murallas y torres de Balansiya. Foto: Taller de arquitectura Jorge Palacios.

La muralla islámica y sistema de acequia en el Tossal. Valencia, Museos y Monumentos, 2007.

mento, cuando la ciudad romano-visigótica iría siendo sustituida por la nueva de configuración islámica. Parece ser que ya a finales del siglo X el territorio circundante producía interesantes rentas y la población habría alcanzado una cierta importancia. De hecho, en 1016 se declaró independiente del califato cordobés, convirtiéndose en una de las principales taifas andaluzas. Abd al-Azîz ibn Abî Amir, un nieto de Almanzor, que gobernó desde 1021 a 1061 fue el más notable de sus reyes. En 1038 llegó a anexionarse la taifa de Almería, que incluía además la importante ciudad de Murcia (SANCHIS GUARNER, 1976, 47). Su reinado fue un periodo de esplendor y desarrollo económico de base fundamentalmente agraria, pero también con algunas valiosas artesanías.

Según Ibn Hayyân fueron los jefes acequeros Mubârak y Muzaffâr, que regentaban estas tierras en nombre de Almanzor y la estirpe de los amirîes, quienes levantaron las murallas de *Balansiya*. Pero al-Udrî, fallecido en 1085, que fue contemporáneo de los primeros reyes taifas valencianos, las atribuye a Abd al-Azîz y las califica como los muros más perfectos y más hermosos de al-Andalus. Esta cerca, que perduró aún hasta siglo y medio después de la conquista cristiana de 1238, englobaba la antigua ciudad romana llegando casi a triplicar su superficie, a lo largo de dos kilómetros y medio de extensión, con una altura de unos siete metros y una anchura media en torno a los dos metros (BADÍA, 1991, 9-31). Disponía además de barbana y foso y en sus muros se abrían siete puertas, algunas con doble portal y protegidas por albarrañas: Bab al-Kantara, o puerta del puente, que corresponde a Serranos, ante el puente de piedra sobre el río, seguida en su orilla, hacia el este, por Bab al-Warrak y Bab ibn Sajar y girando hacia el sur y oeste, Bab al-Xarea, Bab al-Baytala, Bab al-Kaysiriyya o de la Alcaicería, posiblemente un simple portillo, y Bab al-Hanax, hacia el norte. En su construcción y sucesivas reparaciones se utilizaron diferentes técnicas, pero fundamentalmente se empleó el tapial, reforzado por torres de planta semicircular, que en algunas partes más tardías es tapial de mortero con torres de planta cuadrada (RIBERA, 1998, 74). Finalmente parece ser que la muralla fue provista de un grueso encalado, que además de protección contra las incle-



mencias le conferiría un agradable y esplendoroso aspecto. También éstas fueron las técnicas constructivas principalmente empleadas para la construcción de la propia población (LÓPEZ, 1996, 75-77). Pues, junto a las piedras corrientemente aprovechadas de despojo y el limitado uso del ladrillo y la baldosa de barro cocido, la mayor parte de las fábricas estaban constituidas por tierra mezclada con un desengrasante para encofrarla y posteriormente apisonarla: tapial de tierra y en ocasiones adobes sobre cimentaciones de mampostería.

Son precisamente los restos de estas murallas taifales, junto con algunas habitaciones desenterradas en los últimos años, los únicos restos materiales arquitectónicos de *Balansiya* de los que hoy disponemos. Las principales partes que se pueden visitar actualmente son: la bien conservada torre semicircular de la Plaza del Ángel; los restos de las calles Salinas y Mare Vella, junto al portal de Valldigna; los aparecidos en el interior del solar del palacio de Almansa, 31 metros de lienzo de muro y dos torres; los conservados en el interior de un inmueble de la calle Caballeros, una torre de planta semicircular de gruesa mampostería y un tramo de muro quizá correspondientes a Bab al-Hanax; los más interesantes del subterráneo emplazado en la maltratada plaza del Tossal, en donde puede verse además una parte del foso y los del registro arqueológico visible de la antigua sede de la Universitat de València, que incluyen la base de una de las torres cuadradas de tapial de mortero.

¿Pero cómo era la ciudad? Sólo podemos proceder por aproximación y analogía con poblaciones del Magreb para describirla: un abigarrado entramado de callejones, algunos de ellos sin salida. El centro cívico era la *madīna* que ocupaba el antiguo recinto romano, donde junto a transitadas calles se levantaban el alcázar y la mezquita mayor. La Alcaicería o barrio comercial se encontraba entre la actual plaza Redonda y la Lonja, con calles especializadas en diferentes oficios. Como es característico de las ciudades islámicas, concebidas en términos religiosos como agrupación de creyentes y no con un carácter predominantemente cívico y público, se trataba de una organización de dentro afuera, es decir, desde la casa hacia la calle; de lo íntimo y privado hacia lo escasamente público.

Los diferentes barrios residenciales se organizaban de acuerdo a factores étnicos o de especialización, algunos extramuros. Entre estos últimos se encontraban los de Alcúdia y Vilanova, Roters, Boatella, Xarea y Russafa. Esta última era una antigua almunia fundada por Abd Allāh al-Balansí en el siglo IX, de la que perduraron durante siglos sus jardines de grato recuerdo entre los poetas árabes valencianos. Al otro lado del río Guadalaviar se encontraban la Alcúdia exterior, al-Yadida y Zaidía-Marxalenes. Los cristianos se agrupaban mayoritariamente en el más alejado de Raïosa y los judíos tenían su propia *madīnat al-yahud* intramuros, en una superficie que se extendía casi desde la calle de las Avellanas hasta la calle Comedias, por encima de los actuales calle de la Paz, Colegio del Patriarca y *Estudi General* de la Universitat, con su calle mayor en gran parte de la que hoy se llama del Mar (AZULAY, 2009, 194). Cada uno de estos barrios o arrabales pudo tener sus propios templos y mercadillos locales y es probable que sus propios baños públicos que satisfacían sus necesidades cotidianas.

Además de la rauda o cementerio para los nobles, emplazado en la medina, otras necrópolis circundaban la ciudad. Algunas de ellas han sido localizadas por los arqueólogos y tenemos noticias de unas seis; sin contar con la de los judíos, situada junto a la puerta de Xarea. Alrededor de *Balan-*

siya se extendían alquerías, huertos y además diversas almunias semejantes a la del *sayyid* Abû Zayd, cuyos fundamentos pudieron ser explorados bajo los restos de palacio Real. Según el historiador musulmán al-Udrî, el rey Abd al-Azîz además de levantar las tan loadas murallas de la ciudad, quiso, como en otras taifas de la época, construir su propia almunia extramuros, al otro lado del río, comunicada mediante un puente de barcas con el recinto murado de al-Balansiya. En aquella zona ya existían al parecer numerosos huertos y jardines con ligeras construcciones en su interior. El poeta Ibn Haqan escribió un poema dedicado a esta almunia real que ha llegado hasta nosotros: «Cuando llegué a la Almunia la vistió la mañana con sus galas y en su centro se disponía un pabellón que abría sus puertas sobre el jardín, por el que cruzaba un arroyuelo que parecía una espada desnuda refulgente o una serpiente que se deslizara y en sus orillas había árboles y el pabellón parecía la perla de una recién casada» (INSAUSTI, 1993, 23).

Entre las industrias artesanas que se desarrollaban en la ciudad islámica se han encontrado evidencias del tratamiento de textiles y curtidos, tintorería, eboraria, destilado de perfumes y metalistería. Pero la más importante en cuanto a número y variedad de piezas conservadas es sin duda la industria alfarera, de la que se han encontrado además algunos hornos y que alcanzaba un mayor nivel que la coetánea cristiana (MARTÍ, 2009, 267). Entre los restos cerámicos aparecen también algunos ejemplares de lujo decorados en verde y manganeso. De todos modos esta industria cerámica sólo parcialmente puede ser considerada antecedente de las tan apreciadas producciones mudéjares y moriscas posteriores. Ya en el siglo XIII los alfareros valencianos fabricaban aliceres monocromos en blanco, turquesa y melado de plomo cuyos restos han aparecido en andenes de patios o pequeñas fuentes. El ejemplo más notable es la fuente aparecida bajo la plaza de la Figuera en 1908, que hoy se conserva en el Museo Nacional de Cerámica González Martí (COLL, 2006, 17). De otros ejemplos menores hallados bajo la calle de la Paz o la plaza de la Almoina no se ha podido precisar si corresponden al periodo islámico de la ciudad o a su fase inmediatamente subsiguiente.

Entre las industrias artesanas que se desarrollaban en la ciudad islámica se han encontrado evidencias del tratamiento de textiles y curtidos, tintorería, eboraria, destilado de perfumes y metalistería. Pero la más importante en cuanto a número y variedad de piezas conservadas es sin duda la industria alfarera, de la que se han encontrado además algunos hornos y que alcanzaba un mayor nivel que la coetánea cristiana. Entre los restos cerámicos aparecen también algunos ejemplares de lujo decorados en verde y manganeso. De todos modos esta industria cerámica sólo parcialmente puede ser considerada antecedente de las tan apreciadas producciones mudéjares y moriscas posteriores.



Cerámica islámica. Foto: J.V. Lerma.

El 15 de junio de 1094, tras rechazar la ciudad varios meses de asedio por parte de los ejércitos almorávides, entra en *Balansiya* Rodrigo Díaz de Vivar. El Cid transforma la mezquita mayor en catedral y establece un breve periodo de dominio personal que culmina a su muerte con el abandono de *Balansiya* por Alfonso VI de Castilla ante el empuje de los almorávides, de nuevo a las puertas. El cronista valenciano Ibn Alqama (1037-1115), quien vivió estos hechos, escribió en unos apuntes conservados en la obra del riguroso historiador Ibn Idari (siglo XIV) que el rey castellano ordenó prender fuego a la mezquita mayor, al alcázar y a las casas más próximas durante la retirada y la *Historia Roderici* insiste en que hizo poner fuego a toda la ciudad. Sin embargo, las excavaciones arqueológicas no han proporcionado hasta ahora ningún testimonio asociable a tal catástrofe. Lo que sí es cierto es la conquista de la ciudad por el comandante almorávide Muhammad al-Mazdalî ibn Sulankan en 1102.

Los almorávides dominaron la ciudad hasta su expulsión en 1145, durante el que se consideró un periodo de crecimiento y bienestar. La famosa cerca muraria fue restaurada y reforzada, según las órdenes del emir Alî ibn Yûsuf para todas las ciudades de al-Andalus, ampliando además la medina hacia la parte suroriental (BADÍA, 1991, 13). No sabemos si estas obras tuvieron lugar antes o después de la temible expedición de Alfonso el Batallador, cuando en 1125 y otra vez en 1129, el rey aragonés intentó conquistar *Balansiya* y le puso sitio. Pero el poderío de los almorávides en la península ibérica se debilitó tras la muerte en 1143 de Ali ibn Tasufin con la pérdida de buena parte de sus territorios marroquíes a manos de los almohades y las revueltas instigadas en diversas ciudades andaluzas por religiosos y cadíes que se oponían a la recaudación de impuestos no contemplados en la legislación alcoránica.

El gobernador de *Balansiya* Abdalâ ibn Ganiya no pudo hacer frente a la sublevación de los valencianos en marzo de 1145. Se abrió así un periodo de inestabilidad que sólo se cierra en 1147 con la toma del poder por Muhammad ibn Saad ibn Mardaniš (1124-1172), que fue inmediatamente reconocido también en Murcia. Perteneciente a una familia muladí de Peníscola, este curioso personaje era conocido entre los cronistas cristianos como Mardonius Llop y al parecer vestía como los cristianos y gustaba hablar su lengua. El que fue llamado Rey Lobo se convirtió hasta su muerte en el máximo representante de la resistencia al fanatismo almohade en al-Andalus. No queda en Valencia ningún rastro arquitectónico correspondiente a su época, pero en Murcia han sido excavados los restos de su palacio urbano, *Dar al-Sugra*, que proporcionaron interesantes fragmentos de ricas decoraciones de mukarnas y pinturas murales figurativas, que aparecieron cubiertas por una capa de cal producto probable del un blanqueo realizado por los rigoristas almohades tras la toma de la ciudad (GARCÍA, 1996, 31).

Los herederos de Ibn Mardaniš tuvieron finalmente que plegarse al dominio almohade y acudir a Sevilla, aunque el califa Yûsuf ibn Abd al-Mumin permitió que su hermano Abû al-Hayay ejerciese la gobernación de *Balansiya*, donde tuvo que enfrentarse al ataque de Alfonso II de Aragón. No obstante, la independencia de Túnez bajo los Hafsidas, la invasión de Marruecos por los Merínidas y la derrota de las Navas de Tolosa frente a las fuerzas aliadas de los reinos cristianos peninsulares, en 1212, dieron finalmente al traste con el dominio almohade de al-Andalus.

En 1206, Pedro II de Aragón, en el contexto de su avance conquistador hacia el sur, volvía asediar Valencia. Sin embargo, a pesar de lo peligroso de

la situación, los gobernadores almohades de *Balansiya*, como resulta habitual entre valencianos, se entregaban a su política de personalismo y mezquinas rivalidades. En 1224, Murcia se sublevó contra el califa almohade Abu Muhammad Abd al-Wajid, que había sido proclamado en Marrakech, pero el *sayyid* Abû Zayd Abderramán, que gobernaba *Balansiya*, Alzira, Xàtiva y Dénia, y al principio lo había reconocido, se decantó en 1227 por Abû al-Ula Idris ibn Yacub, que había sido proclamado en Sevilla. La inestabilidad general entre los diversos gobernantes musulmanes y la creciente oposición en la propia *Balansiya* le obligaron a buscar apoyos en los monarcas cristianos, en Fernando III de Castilla y Jaime I de Aragón, a los que ofreció pactos y vasallaje. Esto le reputó tal desprestigio que, ante la insurrección general anti almohade y la ocupación de *Balansiya* en 1229 por un caudillo local, Abu al-Yumail Zayyan ibn Saad ibn Mardanîš, un descendiente del Rey Lobo, tuvo que refugiarse en sus tierras de norte, donde pactó de nuevo con Jaime I y terminó por convertirse al cristianismo y bautizarse con el nombre de Vicente.

Por su parte Zayyan, con los territorios al norte en manos de su rival y la hostilidad de Alzira, Xàtiva y Dénia, donde sus primos habían reconocido el califato de Ibn Hud de Murcia, quedaba en una situación insostenible que le obligó a su vez a intentar pactar con el rey Jaime. Pero éste, bien favorecido por la situación general, ya no estaba para pactos y no admitía otra cosa que la total rendición de *Balansiya* y sus tierras. La caída de la ciudad en manos de los cristianos se produjo finalmente, en medio de una situación caótica, en el otoño de 1238.

Son precisamente de ese periodo final del dominio islámico los restos más interesantes de la actividad artística de los musulmanes valencianos que han llegado hasta nuestros días. Como es lógico, Valencia siguió conservando en general una fisionomía islámica bastante tiempo después de la conquista cristiana, aunque desde el principio se produjeron intervenciones y reformas promovidas por iniciativa regia o eclesiástica, como la erección de una catedral y la creación de las primeras parroquiales, emplazadas probablemente sobre algunas mezquitas. Así parecen demostrarlo las delicadas yeserías policromas trecentistas halladas en el subsuelo de la antigua real parroquia de San Andrés, seguramente procedentes de la mezquita sobre la que se levantó la iglesia o del palacio adyacente. Se trata de dos fragmentos de importancia excepcional que demuestran el alto nivel artístico alcanzado por los alarifes valencianos coetáneos. Ambas piezas, descubiertas en los años 50 del siglo pasado, se encuentran hoy día expuestas en el Museo Carmelitano del monasterio del Desierto de las Palmas.

Son dos fragmentos de placas parietales de delicadísima yesería en estuco policromado de fina talla, ambos son restos parciales de un mismo modelo ornamental. Uno de ellos presenta la parte central e inferior de dicho modelo; su marco de lazo es de gran simplicidad y elegancia, y se prolonga con una orla pintada, sólo parcialmente conservada, donde se aprecian delicadas rosetas alternativamente lisas y gallonadas. El cuerpo de la losa desarrolla un complejo motivo decorativo en ataurique finamente cincelado y matizado con fondos de color almagra, así como otro menor, en el centro, tallado sobre un fondo azul de extremada delicadeza, que está enmarcado a su vez por una arquería lobulada, adornada con nudos, donde se contiene el exquisito motivo vegetal estilizado, dispuesto simétricamente al eje longitudinal. El otro fragmento de losa en estuco repite la parte superior del anteriormente descrito, pero ha preservado además un gran fragmento de la



Son precisamente de ese periodo final del dominio islámico los restos más interesantes de la actividad artística de los musulmanes valencianos que han llegado hasta nuestros días. Como es lógico, Valencia siguió conservando en general una fisonomía islámica bastante tiempo después de la conquista cristiana, aunque desde el principio se produjeron intervenciones y reformas promovidas por iniciativa regia o eclesiástica, como la erección de una catedral y la creación de las primeras parroquiales, emplazadas probablemente sobre algunas mezquitas. Así parecen demostrarlo las delicadas yeserías policromas trecentistas halladas en el subsuelo de la antigua real parroquia de San Andrés, seguramente procedentes de la mezquita sobre la que se levantó la iglesia o del palacio adyacente. Se trata de dos fragmentos de importancia excepcional que demuestran el alto nivel artístico alcanzado por los alarifes valencianos coetáneos. Ambas piezas, descubiertas en los años 50 del siglo pasado, se encuentran hoy día expuestas en el Museo Carmelitano del monasterio del Desierto de las Palmas.

Yeserías islámicas del siglo XIII procedentes de la parroquia de San Andrés. Museo Carmelitano del monasterio del Desierto de las Palmas.

orla epigráfica que remataba esta zona. Este friso está enmarcado también con lacería y al parecer alternaba las labras en caligrafía árabe con los nombres de Alá y Mahoma con unos refinados motivos vegetales cuadrilobulados, formados por la intersección de cuatro círculos adornados con pétalos de flor, alternativamente matizados en color rojizo y azul.

¿Por qué resulta borrosa la huella del islam de *Balansiya*? Ese es el título que me ha sido propuesto. Desde luego porque el islam fue consciente y progresivamente erradicado. Pero es que, además, no ha quedado prácticamente huella material de los siglos de dominación islámica y de la producción literaria, científica y filosófica de los musulmanes de *Balansiya* no ha quedado memoria alguna entre los que actualmente se autodenominan valencianos. Esta situación resulta más sorprendente cuando hoy se puede disfrutar plenamente de obras islámicas de gran porte y calidad en otros territorios y ciudades, tanto de la Corona de Aragón como de Castilla y ese aprecio del arte islámico y de sus cualidades estéticas fue tantas veces reiterado en los siglos sucesivos en muchas edificaciones, incluso de carácter religioso cristiano y tuvo también su reflejo en importantes construcciones civiles y aun en los palacios reales.

Pero, ¿qué ha ocurrido entonces con los edificios, sus decoraciones y las variadas y ricas producciones de las artes aplicadas y suntuarias islámicas valencianas? Apenas han subsistido restos de algunos baños de vapor, del *hamman* tan necesario desde el punto de vista higiénico como sobre todo ritual: los excavados en la calle del Poeta Querol, quizá pertenecientes a la cercana mezquita y después parroquial (HERREROS, 2002, 80-89) o los de la plaza de la Almoína. Pues en *Valentia*, aunque con el establecimiento de los musulmanes la catedral de San Vicente fue transformada en mezquita mayor, se preservó algún tiempo la capilla que era el lugar de sepultura de los



Es muy curioso constatar que el más significativo monumento de estilo islámico de la ciudad, los célebres baños del Almirante, que fueron dados a conocer por el viajero ilustrado francés Alexandre Laborde, en su *Voyage pittoresque et historique de l'Espagne*, editado en 1806, durante mucho tiempo tenido como obra original de la época de dominio musulmán en la ciudad, haya resultado ser en cambio de otra época y mucho más tardía. Documentados en el siglo xiv, la excavación arqueológica ha confirmado la datación. Una circunstancia providencial, o quizás casual, que admite una interesante variedad de lecturas.

Baños del Almirante, construidos en época cristiana en el siglo xiv. Foto: J.M.

obispos, que más tarde sería transformado en *hamman*, donde quedó sin embargo memoria confusa del lugar de sepultura de algún hombre santo hasta que, tras la conquista de la ciudad por el rey Jaime, se decidió edificar allí una capilla externa de la nueva catedral de Santa María y dedicarla a san Vicente. Es precisamente este lugar, un *hamman*, de corta vida, probablemente vinculado al alcázar en la época califal, el que ha proporcionado el conjunto de piezas islámicas más rico de la antigua *Balansiya*: cerámicas de cocina y mesa, ataifores vidriados decorados en verde y manganeso, un alambique y su matraz, una redoma y una jarrita realizadas en bronce y otros objetos suntuarios del mayor interés, anteriores todos a su amortización en el siglo ix (PASCUAL, 1998, 67-71).

Pero de *Balansiya* no quedan prácticamente testimonios físicos y no digamos monumentales que expresen la relevancia de ese pasado musulmán de Valencia, que incluye la brillante taifa de Abd al-Azîz el amirî o el dominio de un significado promotor de las artes como Muhammad ibn Mardaniš. Sólo sabemos de la implantación de la cultura islámica por los testimonios de poetas, historiadores y otros literatos musulmanes valencianos cuya obra supone además una aportación de enorme relevancia en el conjunto del islam. ¿Cuál podría ser la causa? Porque sabemos que, tras la conquista cristiana del siglo xiii, permanecieron importantes contingentes de población islamizada desde hacía siglos y de muy difícil asimilación.

Está claro que la conquista por los cristianos del reino musulmán de al-Balansiya, a mediados del siglo xiii, supuso un violento y radical trauma para sus habitantes. Las ciudades valencianas «fueron vaciadas de su población anterior y masivamente colonizadas por elementos cristianos, venidos a repoblar de modo prioritario los núcleos urbanos abandonados por su población musulmana» (GUICHARD, 1988, 224) y de los cuales rápidamente desaparecieron las elites políticas y culturales. Por otro lado, «los pactos aparentemente benévolos originados en el momento de la conquista dieron paso en poco tiempo a una creciente presión –ideológica, legal, fiscal, incluso violenta– que acompañó a un prolongado declive demográfico y social del colectivo mudéjar» (BENÍTEZ-MARSILLA, 2009, 20).

Parece además que haya existido un interés sostenido con constancia por borrar toda huella islámica, con unas acciones que van más allá de la natural degradación de las cosas por el paso del tiempo. En Valencia, los musulmanes fueron constreñidos a abandonar el recinto murado de Madînat al-Balansiya en el plazo de veinte días a partir de la rendición oficial de la ciudad. Muchos emigraron hacia el sur, pero los que no pudieron hacerlo se establecieron en un barrio extramuros, que les fue asignado por los nuevos señores.

Respecto a la morfología de Valencia, aunque los cambios urbanísticos que se observan en el interior de la ciudad fueron escasos durante la segunda mitad del siglo xiii (RIBERA, 1998, 89), la situación varió desde principios del siglo xiv, cuando la acción decidida y premeditada del *consell municipal* se empleará a fondo en el proceso de transformación de la antigua medina. Se trataba de cristianizar a la ciudad y las instituciones municipales, gracias a su amplia autonomía legal, estuvieron en condiciones de llevar a cabo con la mayor libertad una política urbanística propia. De los acuerdos municipales de la época se desprende aversión por el pasado islámico, aún vivo en muchos aspectos del paisaje urbano: «Com aquesta Ciutat fou edificada per moros a lur costum, estreta e mesquina, ab molts carrers estrets, voltats e altres deformitats, e com d'alcuns anys aençà prenen tots dies melloraments e embelliments a Deu mercé».

Es muy curioso constatar que el más significativo monumento de estilo islámico de la ciudad, los célebres baños del Almirante, que fueron dados a conocer por el viajero ilustrado francés Alexandre Laborde, en su *Voyage pittoresque et historique de l'Espagne*, editado en 1806, durante mucho tiempo tenido como obra original de la época de dominio musulmán en la ciudad, haya resultado ser en cambio de otra época y mucho más tardía. Documentados en el siglo XIV, la excavación arqueológica ha confirmado la datación. Una circunstancia providencial, o quizás casual, que admite una interesante variedad de lecturas.

Arquitectura y urbanismo (siglos XIII-XV)

[AMADEO SERRA DESFÍLIS –UVEG–]

En 1238, Valencia con sus casas, su recinto amurallado, su huerta, sus alquerías y su sistema de irrigación apareció a los ojos de los conquistadores como un formidable botín que había venido repartiéndose desde hacía algún tiempo y hubo que dividir entre intereses y poderes diversos. El punto de vista de los ocupantes recién llegados y de los colonos que les seguirían debía de acusar un cierto extrañamiento ante una urbe de neta impronta islámica, distinta de las que conocían en sus lugares de origen. El núcleo urbano y la valiosísima huerta debían ser ocupados y adaptados para una población cristiana que reemplazase a los musulmanes desposeídos. Había que amoldar el entorno urbano a un orden político, una estructura social y, en definitiva, un modo de vida distintos.

Los primeros pasos en la cristianización de la ciudad se dieron pronto. El más importante fue la conversión de la mezquita mayor en catedral y el establecimiento de una red de iglesias parroquiales sobre algunas mezquitas de barrio islámicas. Los templos debían estructurar el área urbana con sus demarcaciones (parroquia de San Pedro en la catedral, San Salvador, San Esteban, San Lorenzo, Santo Tomás, Santa Catalina, San Andrés, San Martín, San Nicolás, San Juan del Mercado y Santa Cruz), combinándose con los enclaves de los conventos mendicantes y de otras órdenes religiosas (frailes de la Merced y trinitarios, monjes de San Vicente, monjas cistercienses de la Zaidía), y militares (caballeros del Temple y del Hospital principalmente), así como las instituciones asistenciales de inspiración religiosa (los hospitales y la Almoína). La arquitectura de estas construcciones al principio debió de ser sencilla y hasta 1262 no se puso la primera piedra de un edificio señero como la catedral, que se beneficiaba del emplazamiento central de la antigua mezquita mayor y se procuró edificar aislada en su entorno urbano. Formas, espacios y técnicas importados desde el norte cristiano mostraron la voluntad de configurar un templo reconocible como la iglesia mayor de una nueva diócesis de la cristiandad. Su cabecera con girola, el cuerpo de tres naves, el transepto abierto con portadas monumentales y decoración figurativa, el material pétreo y las bóvedas de crucería ofrecerían una imagen de solidez, decoro y cambio cultural notable que escenificaba ritualmente la liturgia cristiana. Los modelos fueron las catedrales que conocían los colonos, como la de Lleida, pero también edificios entonces novedosos como las iglesias de las órdenes mendicantes, amplias y acogedoras para la predicación, y el sentido de la proporción y de la luz

Iglesias de nueva planta, como la de San Juan del Hospital o el monasterio y hospital de San Vicente de la Roqueta, proclamaron temprano con su lenguaje arquitectónico y el sentido funcional de sus espacios el triunfo cristiano, sirviendo de modelo al resto de templos de la diócesis, muchos de ellos todavía alojados en mezquitas. A pesar de las restauraciones, San Juan del Hospital revela la confianza de los colonos cristianos en la permanencia de la conquista al construir un templo abovedado que combinaba el apego a tradiciones todavía románicas con las novedades de las bóvedas de crucería góticas en su cabecera y la exhibición triunfal de los trofeos de la conquista en las columnas islámicas que aún flanquean su capilla mayor.

Iglesia de San Juan del Hospital.

